

Sofia

y la
fiesta de los
recuerdos





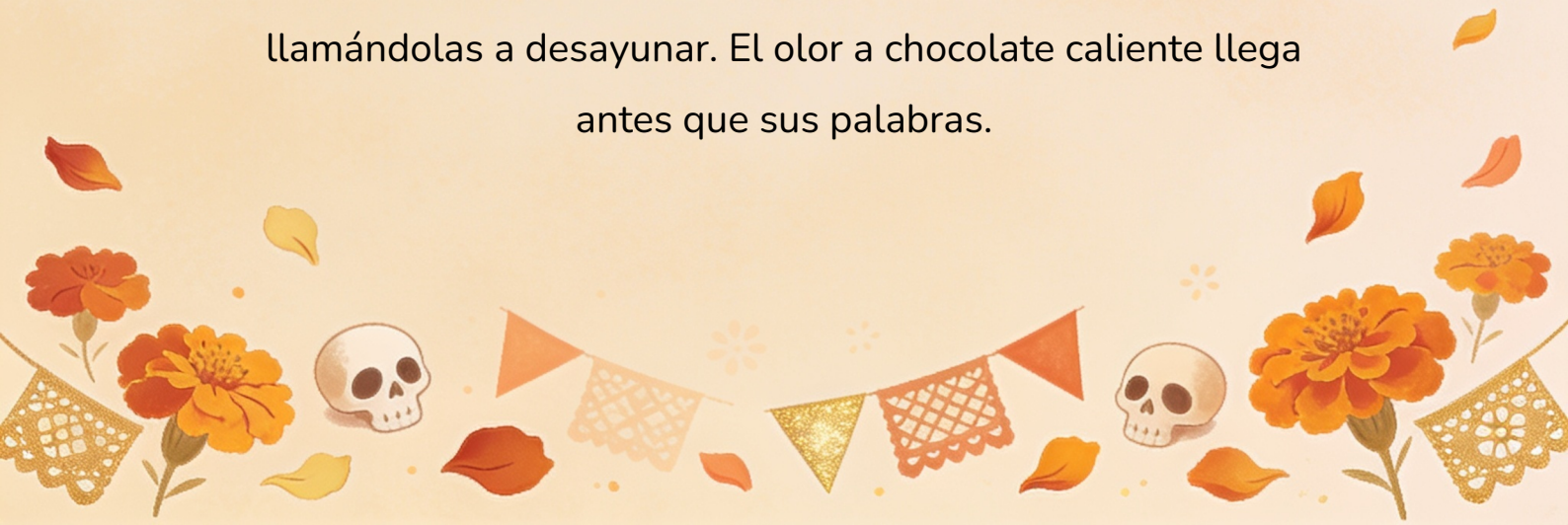




Sofía abre los ojos y lo primero que ve es el papel picado de colores que cuelga sobre su ventana. Afuera, las calles de su pueblo mexicano ya huelen a flores y a cera encendida: hoy es
Día de los Muertos.

Valeria entra al cuarto sin tocar la puerta, como siempre, y señala la calavera de azúcar que descansa sobre la mesa. Las dos hermanas se miran un segundo y luego se tapan los ojos con las manos al mismo tiempo, como si hubieran ensayado.

Desde la cocina llega la voz de Abuela Rosa, suave y clara, llamándolas a desayunar. El olor a chocolate caliente llega antes que sus palabras.



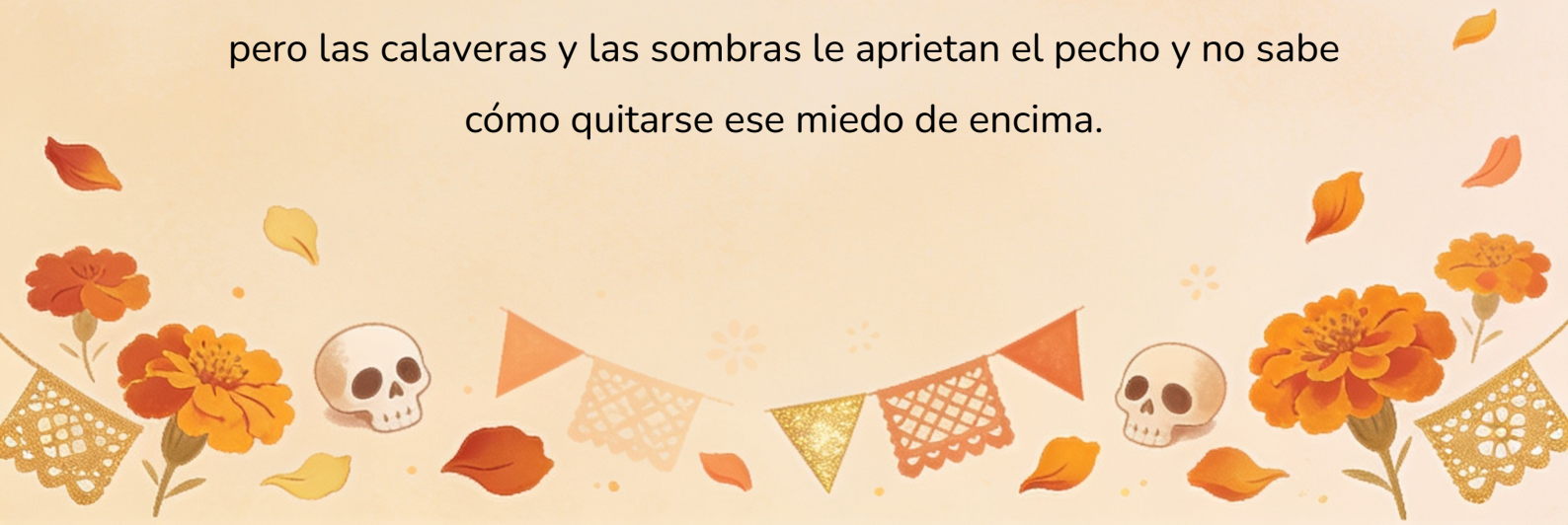


En la cocina, Abuelo Pedro acomoda un ramo de flores de cempasúchil sobre la mesa con la misma concentración con que ordenaría algo muy valioso. Anuncia que esta tarde construirán la ofrenda familiar, y su voz suena contenta.

Sofía ve una fotografía vieja apoyada junto a las flores y le susurra a Valeria al oído: las sombras del rincón donde ya hay velas encendidas le dan miedo. Valeria asiente despacio.

Ninguna de las dos se acerca a ese rincón.

Eso es lo que más preocupa a Sofía: quiere ayudar a su familia, pero las calaveras y las sombras le aprietan el pecho y no sabe cómo quitarse ese miedo de encima.





Abuela Rosa seca sus manos con el delantal y anuncia que necesita a las dos niñas para dejar todo listo antes de que anochezca. No lo dice como una orden, sino como si fuera un privilegio.

Sofía traga saliva y dice que sí, aunque sus rodillas se mueven solas cuando mira las calaveras pintadas que adornan la sala. Da un paso hacia adelante de todos modos.

Abuelo Pedro le guiña el ojo y le pone en la mano una flor de cempasúchil. Le dice que cada pétalo tiene un propósito especial esta noche, y Sofía aprieta la flor con fuerza mientras escucha.

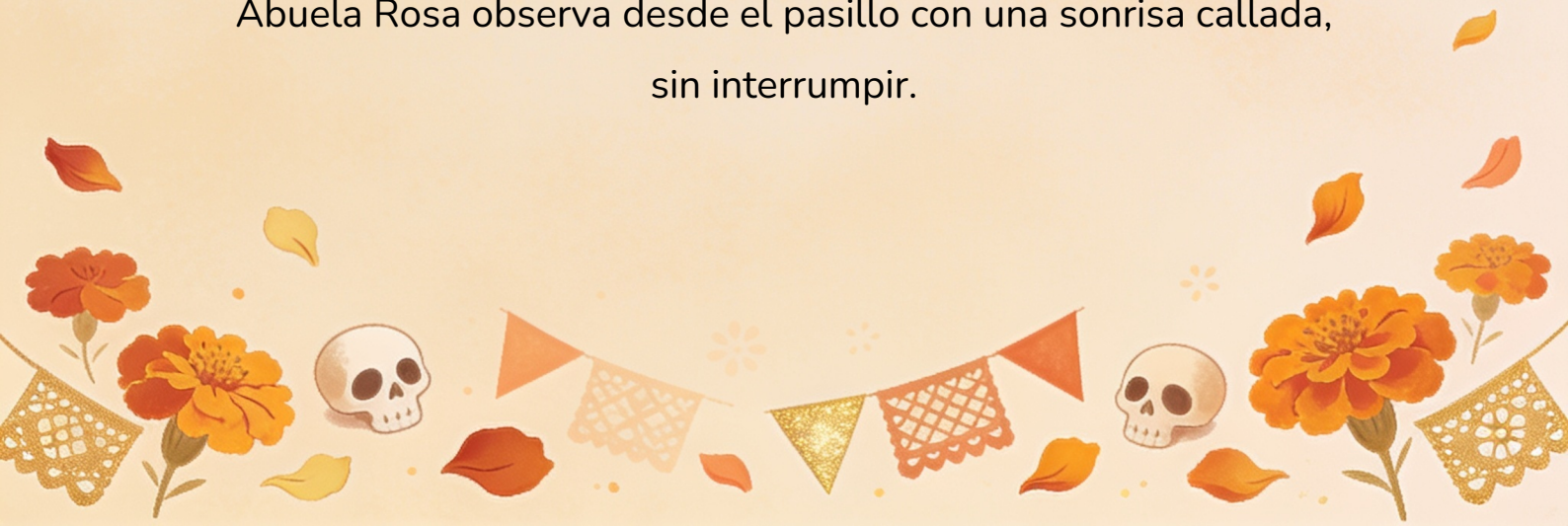




En la sala, Abuelo Pedro muestra a las niñas cómo apilar cajas cubiertas de tela bordada para formar los niveles del altar. Sus manos se mueven despacio para que ellas puedan seguirlo.

Sofía coloca un vaso de agua en el primer nivel, pero cuando ve su propio reflejo distorsionado en el vidrio da un salto hacia atrás. Valeria suelta una risa nerviosa y le toma la mano. Juntas colocan las fotografías de los bisabuelos con mucho cuidado, dedo por dedo.

Abuela Rosa observa desde el pasillo con una sonrisa callada, sin interrumpir.

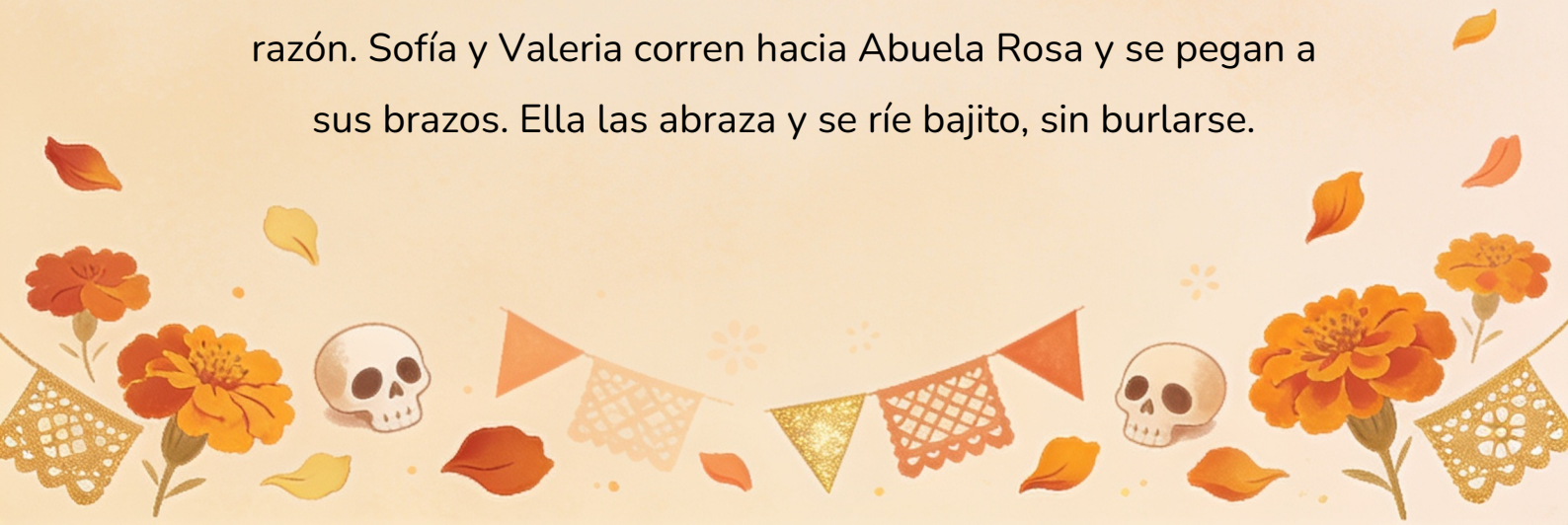




En la cocina, Abuela Rosa trabaja la masa del pan de muerto sobre la tabla de madera y explica que el perfume de anís y naranja es como una invitación para los seres queridos. Sofía hunde los dedos en la masa y descubre que es suave y fría al mismo tiempo.

Valeria da forma a los huesitos de pan con la lengua asomada de pura concentración. Las dos hermanas se olvidan por un momento de las calaveras.

Entonces la vela de la cocina parpadea sola, sin viento, sin razón. Sofía y Valeria corren hacia Abuela Rosa y se pegan a sus brazos. Ella las abraza y se ríe bajito, sin burlarse.

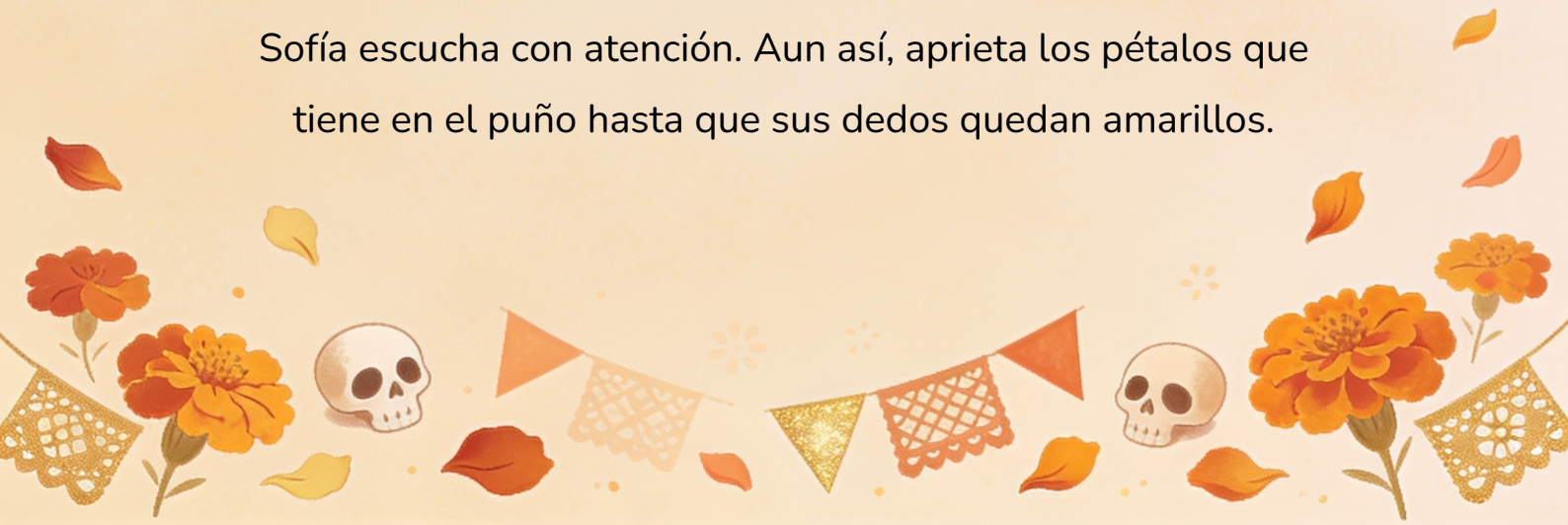




Afuera, Abuelo Pedro extiende un camino de pétalos de cempasúchil desde la puerta de la casa hasta el altar. Los pétalos son del color de las naranjas maduras y huelen a campo.

Sofía y Valeria lo ayudan a esparcirlos, pero la calle está llena de vecinos con disfraces de calavera y las dos niñas se pegan al abuelo como si fueran parte de su ropa. Abuelo Pedro les explica en voz baja que los disfraces son una forma de honrar a quienes ya no están, no de asustar a nadie.

Sofía escucha con atención. Aun así, aprieta los pétalos que tiene en el puño hasta que sus dedos quedan amarillos.

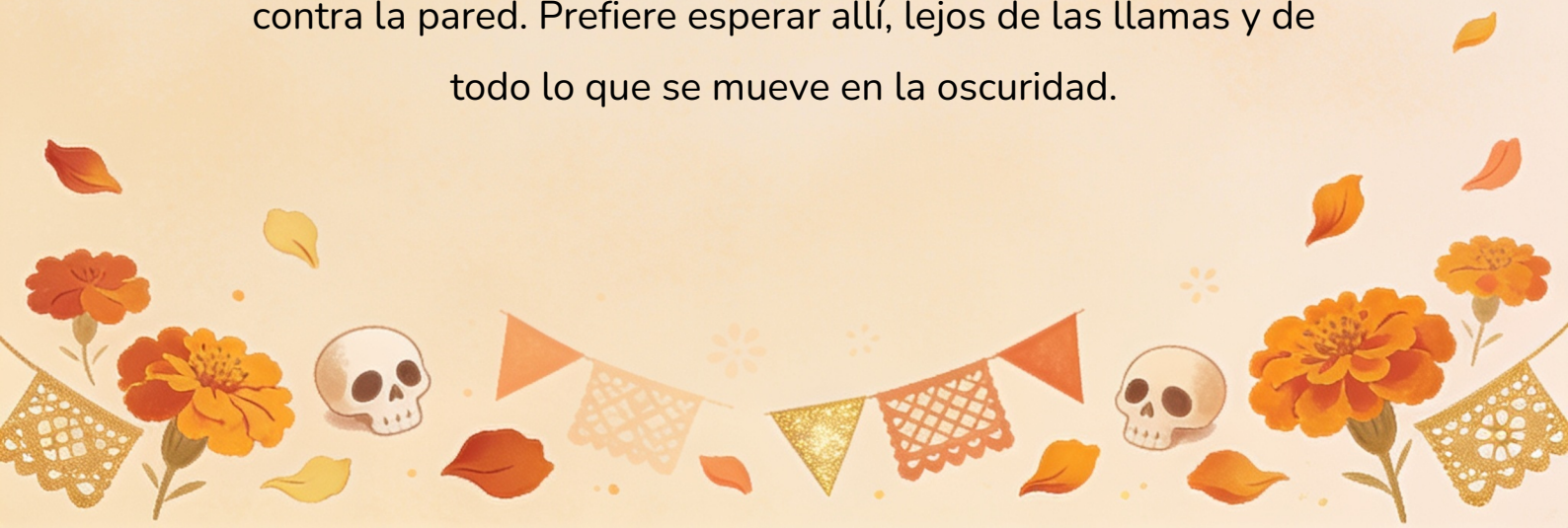




De vuelta adentro, Valeria ayuda a Abuela Rosa a encender las últimas velas del altar mientras el cielo al otro lado de la ventana se tiñe de naranja. Las llamas se mueven y las sombras que proyectan en la pared crecen y se encogen.

Sofía se queda en el pasillo. Las sombras le parecen enormes, como figuras que estiran los brazos. Valeria la llama para que entre.

Sofía sacude la cabeza y se sienta en el escalón, con la espalda contra la pared. Prefiere esperar allí, lejos de las llamas y de todo lo que se mueve en la oscuridad.





Cuando Abuela Rosa y Abuelo Pedro se van a conversar a la cocina, Sofía y Valeria se quedan solas en la sala. El silencio es diferente de noche: más espeso, más lleno de cosas sin nombre.

Entonces, cerca del altar, aparece una lucecita azul y temblorosa. Se estira hacia arriba y toma la forma de un fantasma con sombrero de papel y una sonrisa tan grande que ocupa casi toda su cara.

El fantasma hace una reverencia exagerada, con el sombrero contra el pecho, y dice con voz alegre que se llama Beto y que el olor del pan de muerto lo guió hasta allí como si fuera un mapa.

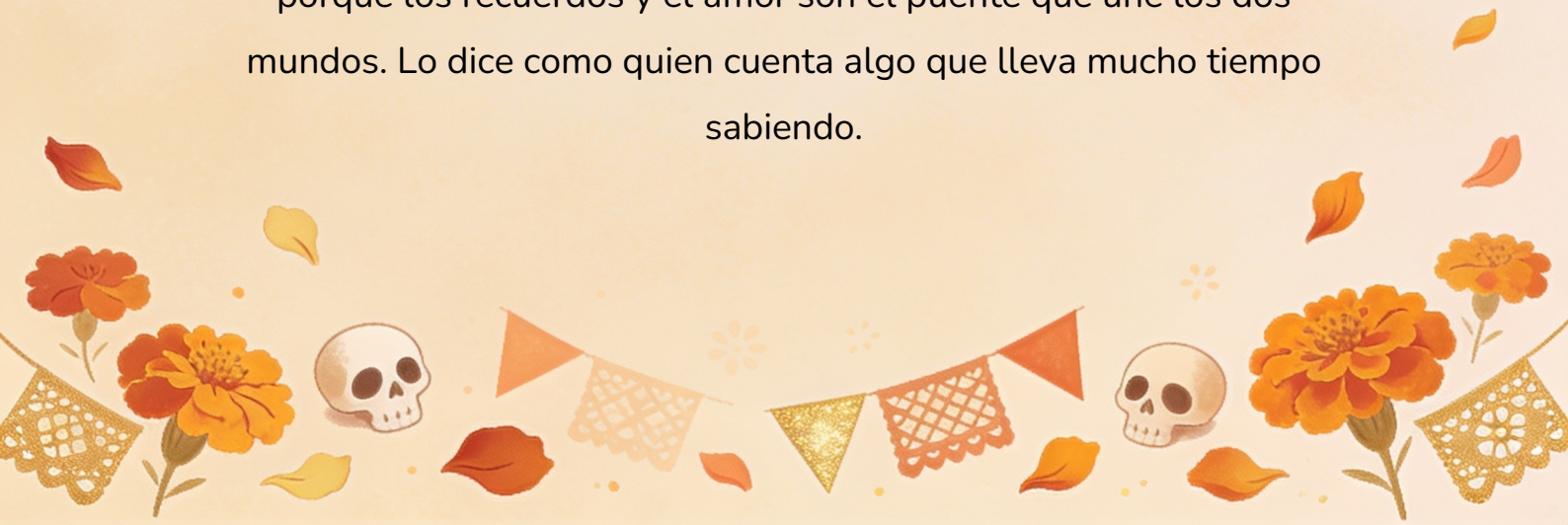




Sofía retrocede de un salto, pero Beto mete la mano en su sombrero de papel y saca un pétalo de cempasúchil, el mismo color que los del camino afuera. Lo hace flotar despacio hasta las manos de Sofía.

Valeria, con los ojos fijos en el pétalo, le pregunta a Beto si los fantasmas dan miedo de verdad. Beto suelta una carcajada tan contagiosa, un sonido como burbujas chocando entre sí, que Sofía también sonríe sin proponérselo.

Beto explica que él visita a su familia cada Día de los Muertos porque los recuerdos y el amor son el puente que une los dos mundos. Lo dice como quien cuenta algo que lleva mucho tiempo sabiendo.

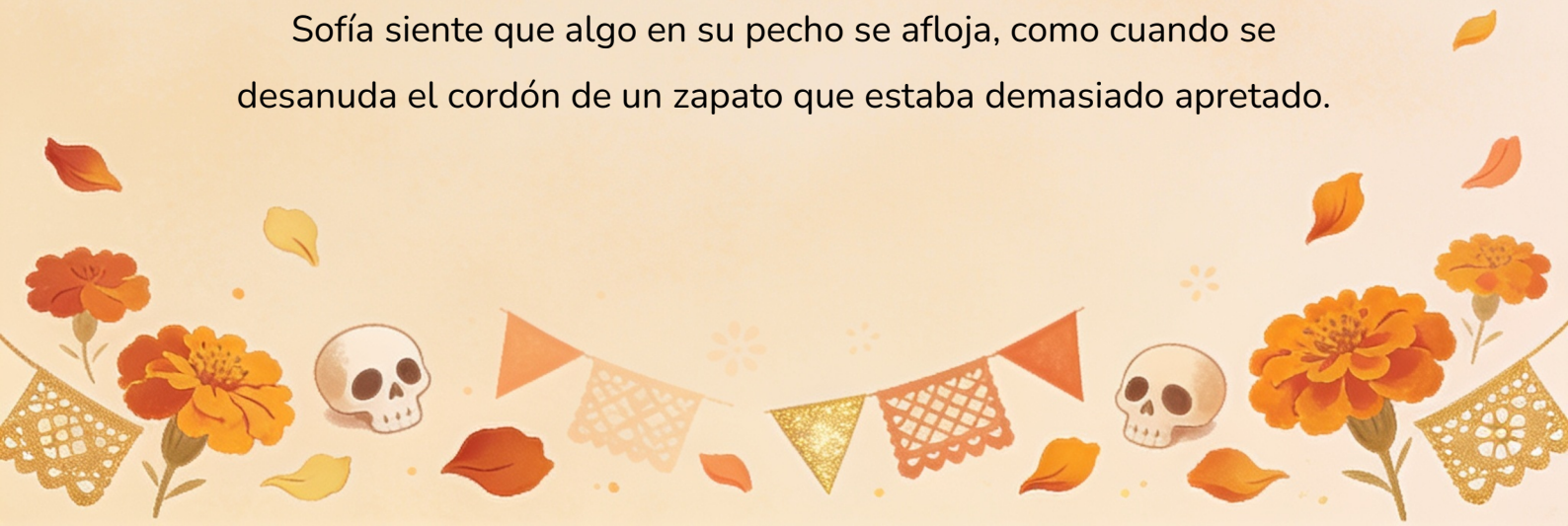




Beto lleva a las niñas de vuelta a la sala y señala cada objeto del altar: el agua para calmar la sed del viaje largo, el pan para compartir, las fotos para recordar los rostros. Habla despacio, como Abuelo Pedro cuando explica algo importante.

Sofía se acerca a las velas por primera vez. Las sombras en la pared forman siluetas de personas con los brazos abiertos, no figuras que asusten. Valeria toca con un dedo la calavera de azúcar y descubre que está cubierta de colores brillantes: rosa, verde, amarillo. Dice que es la calavera más alegre que ha visto en su vida.

Sofía siente que algo en su pecho se afloja, como cuando se desanuda el cordón de un zapato que estaba demasiado apretado.

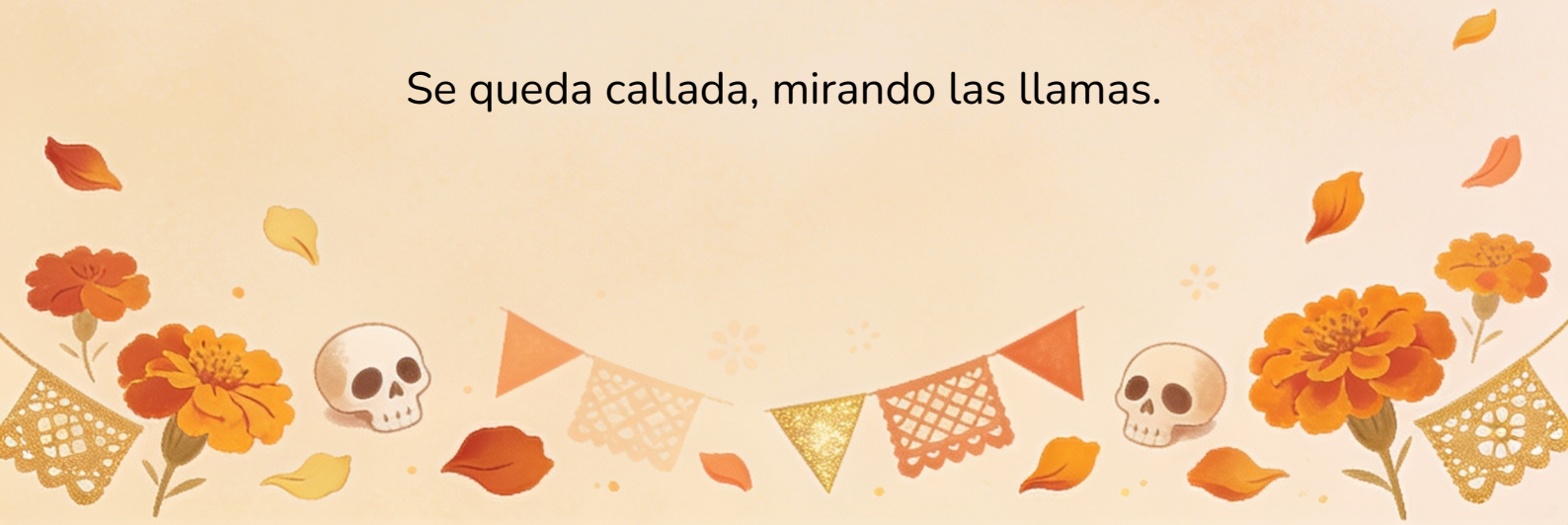




Beto propone un juego: cada niña debe recordar algo bonito de alguien a quien extraña y decírselo al altar en voz alta. Valeria cierra los ojos un momento y luego habla con voz clara: su bisabuela le enseñó a trenzar su cabello, y todavía recuerda el tacto de sus manos.

Sofía abre la boca. Pero el miedo regresa de golpe, como un golpe de viento frío. Siente que si habla junto al altar, algo que no entiende puede cambiar.

Se queda callada, mirando las llamas.

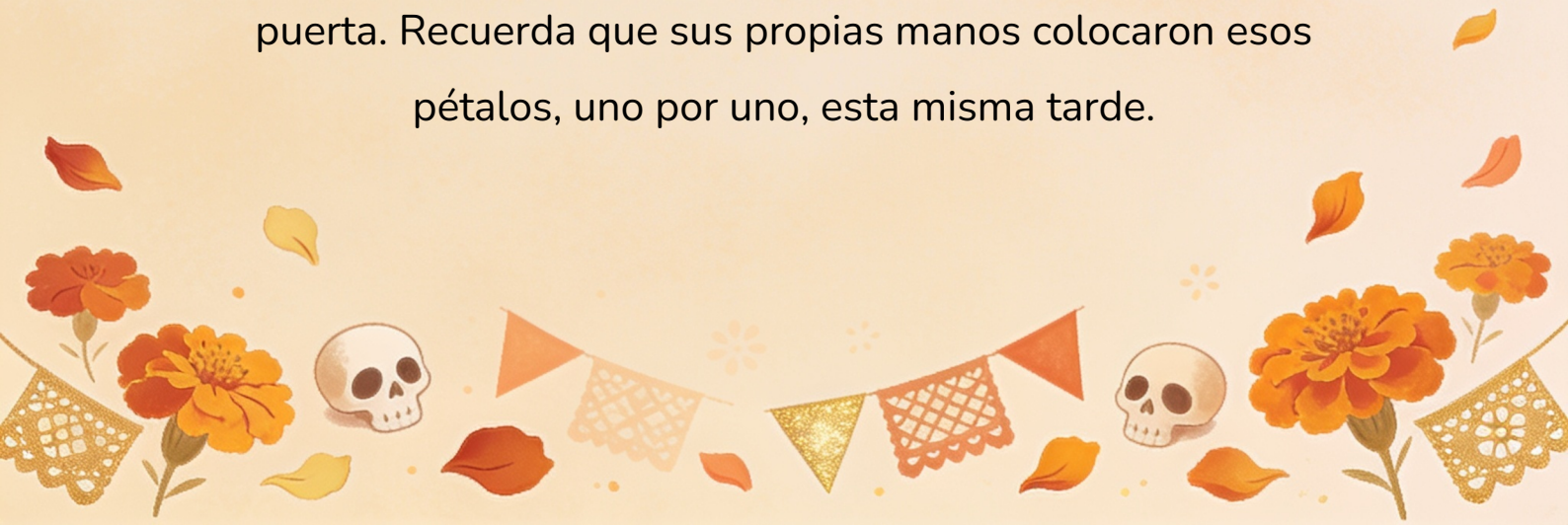




Beto se sienta en el suelo al lado de Sofía, con el sombrero de papel sobre las rodillas. Le cuenta que él también sintió miedo la primera vez que tuvo que cruzar el camino de pétalos para visitar a su familia. No lo dice para consolarla; lo dice porque es verdad.

Le dice que la valentía no es no sentir miedo. Es dar el paso aunque los pies tiemblen un poco.

Sofía mira el camino de cempasúchil que llega hasta la puerta. Recuerda que sus propias manos colocaron esos pétalos, uno por uno, esta misma tarde.

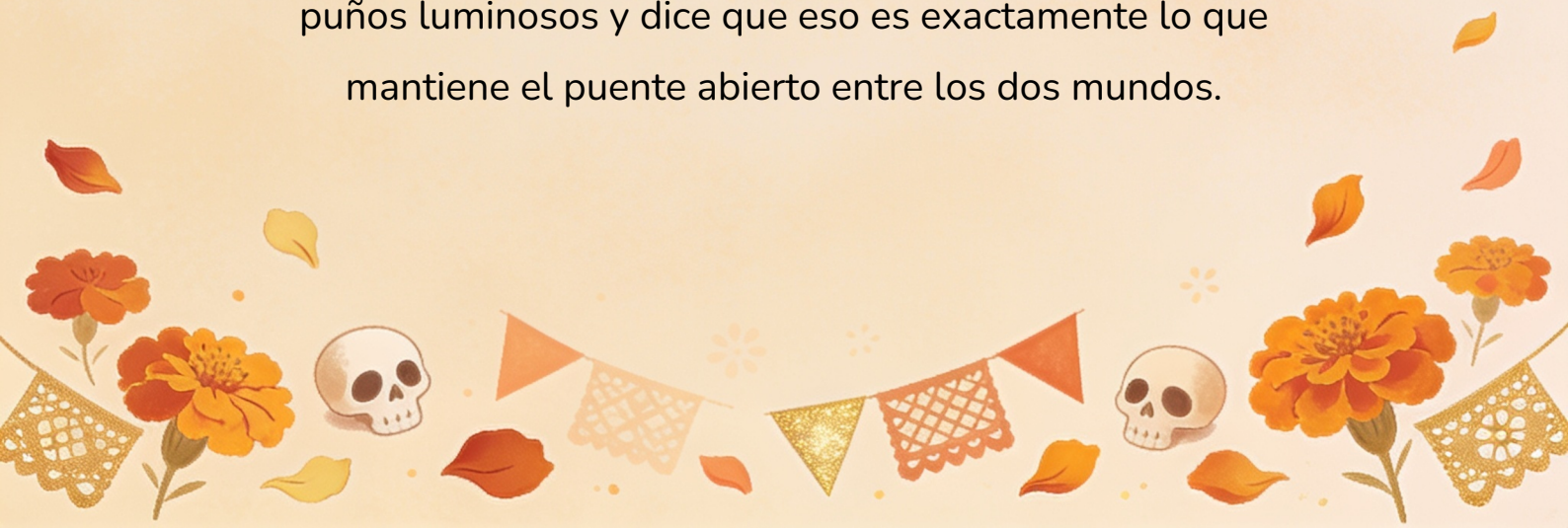




Sofía se pone de pie. Respira hondo, como cuando se prepara para saltar al agua en verano. Toma la mano de Valeria y camina despacio hacia el altar, un paso, luego otro.

Con voz que empieza floja pero se vuelve firme, recuerda en voz alta que su bisabuelo le cantaba canciones de cuna y que siempre olía a madera y a limón. Las palabras salen enteras, sin romperse.

Las velas parpadean una vez, suaves. Beto aplaude con sus puños luminosos y dice que eso es exactamente lo que mantiene el puente abierto entre los dos mundos.

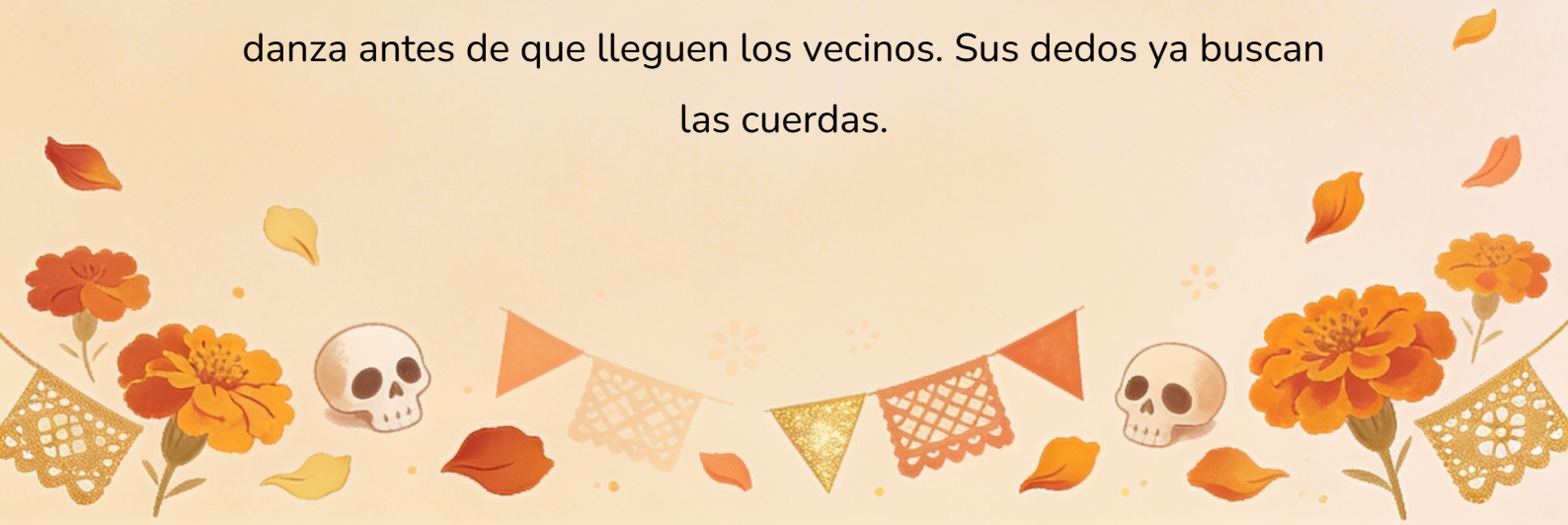




Abuela Rosa y Abuelo Pedro entran a la sala justo a tiempo para ver a Sofía de pie frente al altar, con la espalda derecha y una sonrisa que todavía está aprendiendo a quedarse en su cara. Abuela Rosa rodea a las dos niñas con los brazos y murmura que sus palabras fueron el mejor regalo de la noche.

Beto hace una reverencia cómica, con el sombrero barriendo el suelo, y guiña un ojo. Solo Sofía y Valeria pueden verlo. Se miran de reojo y comparten un secreto sin decir nada.

Abuelo Pedro trae la guitarra y propone que celebren con una danza antes de que lleguen los vecinos. Sus dedos ya buscan las cuerdas.

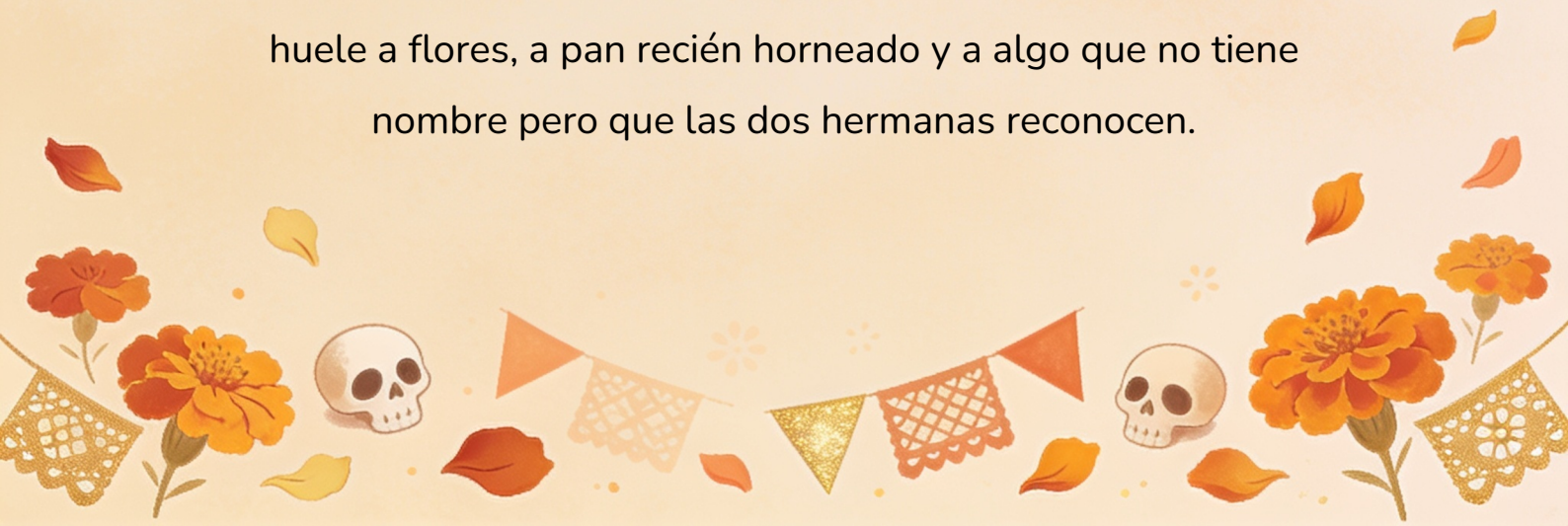




En el patio iluminado por faroles y alfombrado de pétalos,
Sofía toma la mano de Valeria y las dos hermanas bailan
juntas. No piensan en el miedo. Solo sienten el suelo bajo sus
pies y la música de la guitarra de Abuelo Pedro.

Beto flota entre ellas haciendo pasos de baile que no tienen
ningún sentido, con las piernas hacia lados imposibles, y las
niñas se ríen a carcajadas. El fantasma amigo ha cumplido su
promesa.

Abuela Rosa tararea la melodía junto a la guitarra. La noche
huele a flores, a pan recién horneado y a algo que no tiene
nombre pero que las dos hermanas reconocen.

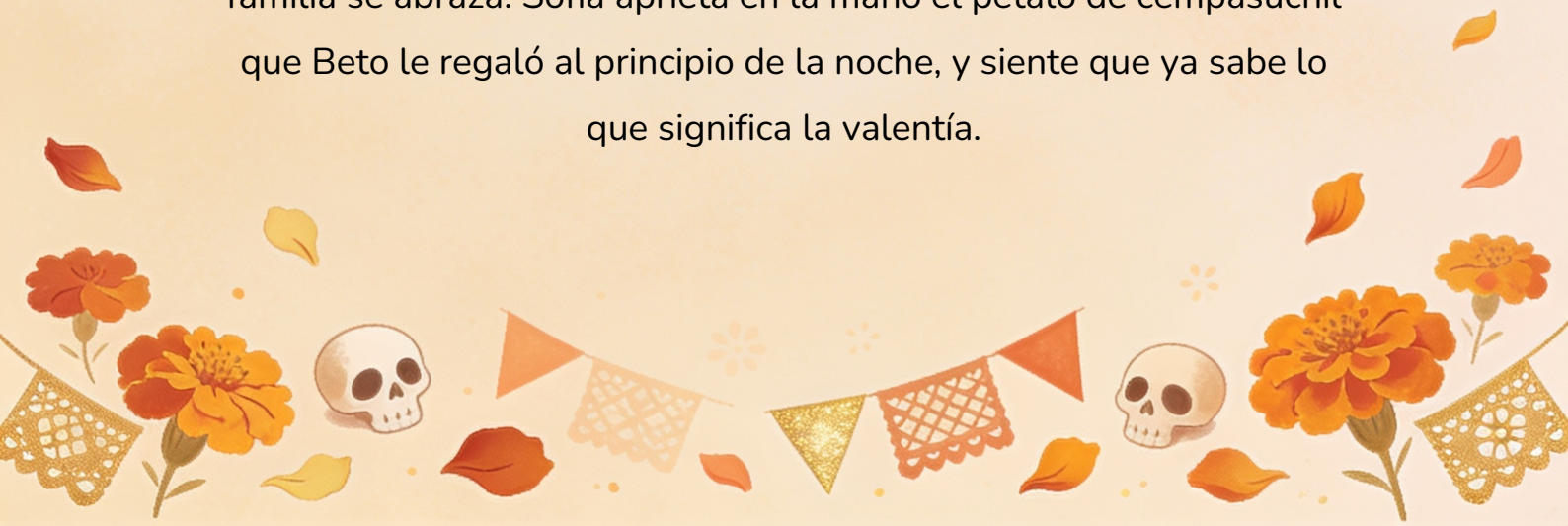




Los vecinos llegan al patio con flores y velas, y la celebración se abre al vecindario entero. Sofía, Valeria, Abuela Rosa y Abuelo Pedro bailan juntos entre la luz de los faroles y el olor del cempasúchil.

Beto aparece una última vez entre las luces parpadeantes. Saluda con el sombrero de papel y susurra que volverá el próximo año. Sofía lo despide con la mano, sin ningún temblor, y le dice en voz alta que lo esperarán con pan de muerto recién hecho.

Bajo un cielo lleno de estrellas y papel picado de colores, toda la familia se abraza. Sofía aprieta en la mano el pétalo de cempasúchil que Beto le regaló al principio de la noche, y siente que ya sabe lo que significa la valentía.



The end



Los libros son las alas con las que vuela la imaginación



Sofía y su hermana Valeria sienten escalofríos cada vez que miran las calaveras y las sombras del Día de los Muertos, y ninguna de las dos se atreve a acercarse al altar familiar. Con la ayuda de sus abuelos Rosa y Pedro preparan la ofrenda, el pan de muerto y el camino de cempasúchil, pero el miedo no las abandona. Esa noche aparece Beto, un fantasma de sombrero de papel y sonrisa enorme, que les muestra que la celebración guarda amor y recuerdos, no espanto. Gracias a Beto, las dos hermanas encuentran la valentía que llevaban dentro y bailan felices bajo un cielo lleno de estrellas y papel picado.

